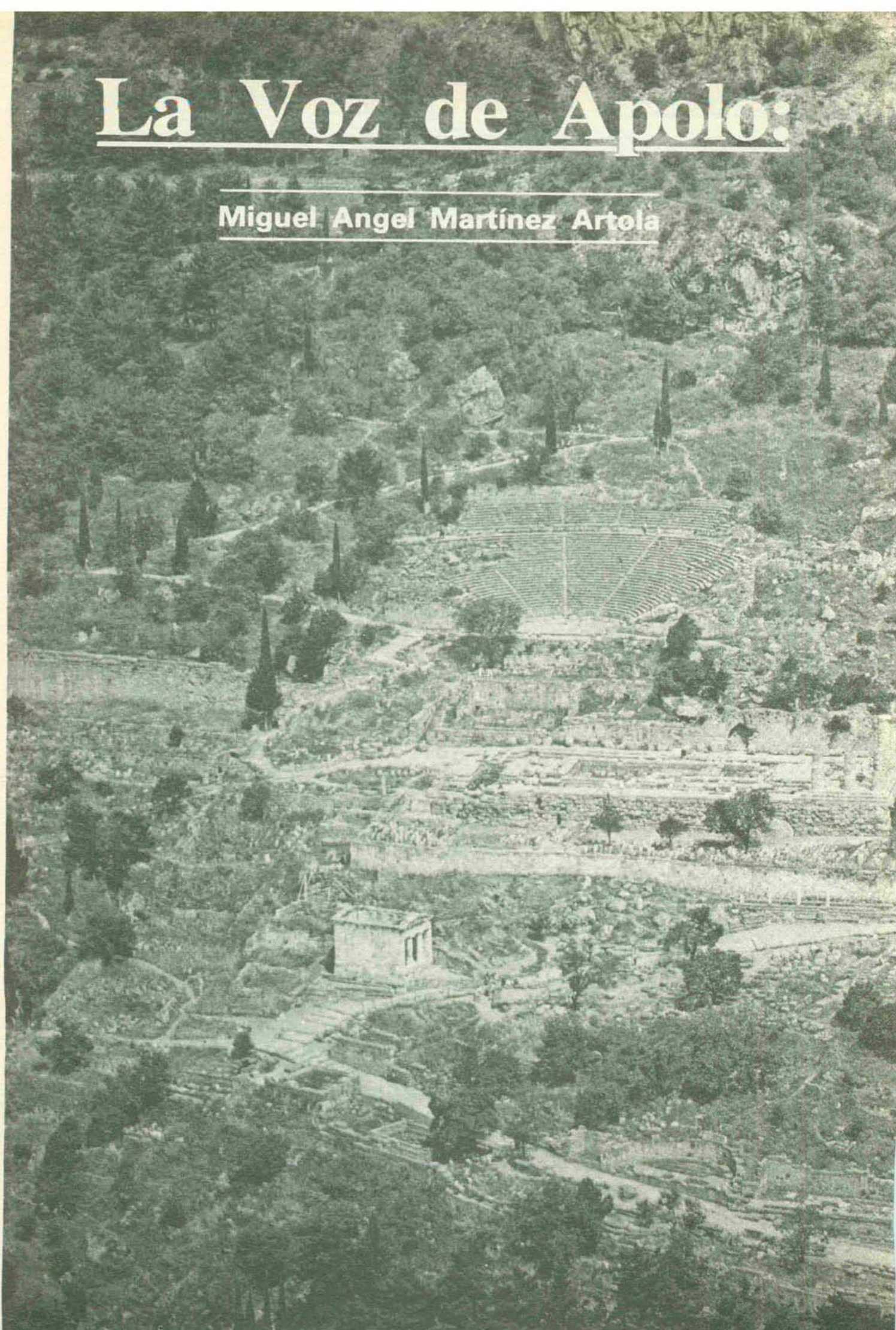


La Voz de Apolo:

Miguel Angel Martínez Artola



Delfos

An aerial photograph of the ancient Greek sanctuary of Delphi. The image shows a wide view of the site, including the Sacred Way (Via Sacra) winding through the ruins. In the foreground, the stadium is visible. The background features a steep, rocky hillside with some vegetation. The title 'Delfos' is overlaid in large white letters at the top.

Delfos. Vista general del santuario. A la izquierda, puede verse el Tesoro de los Atenienses ante el cual pasa la Via Sacra hacia el templo de Apolo. Sobre él se encuentra el teatro. En alto, a la izquierda, el estadio.

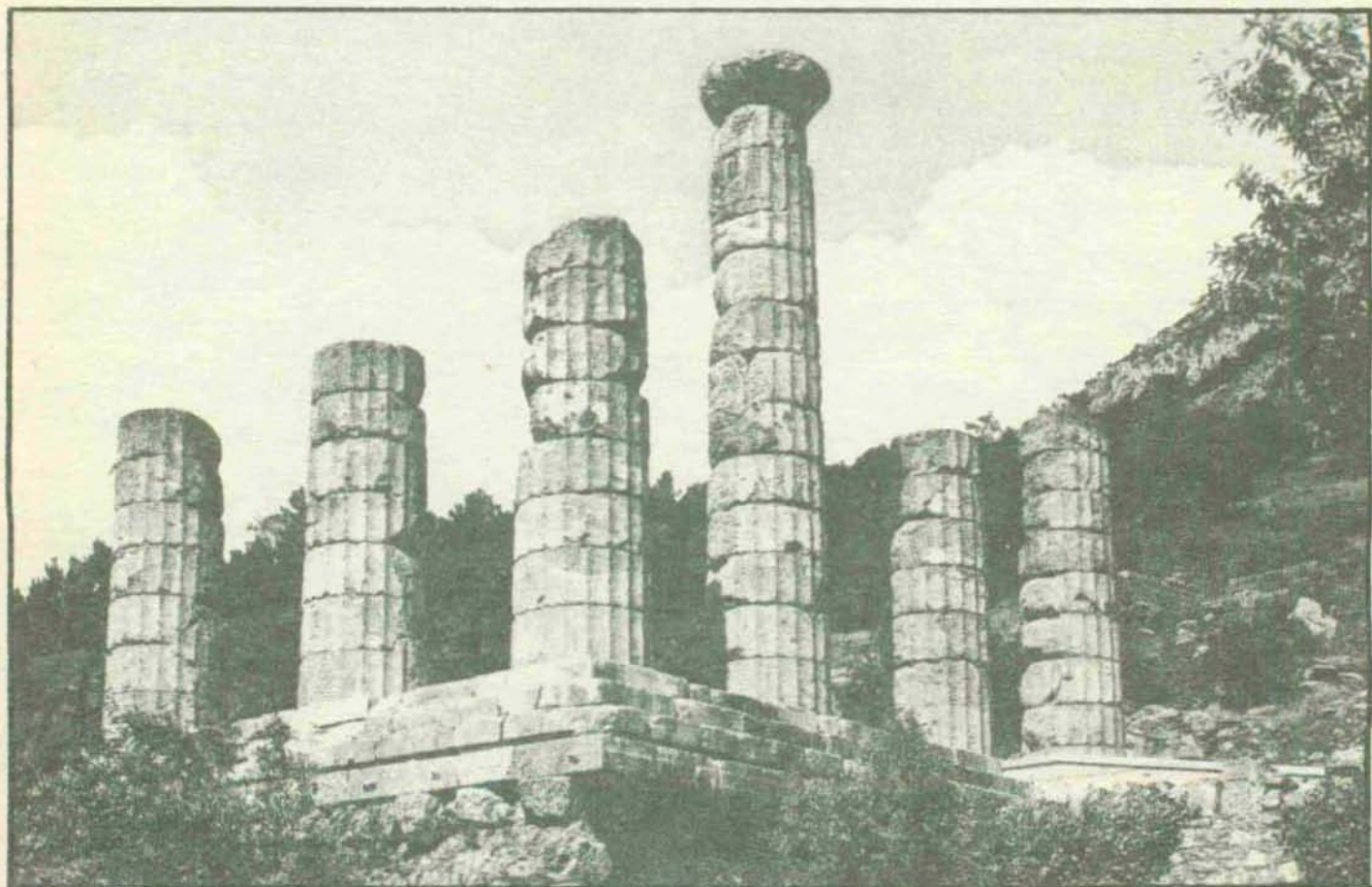
PARA quien se acerque hoy a Delfos, sea estudioso de la cultura griega, o simple turista curioso, el santuario conserva aún, no gracias a sus ruinas, sino a pesar de ellas, un halo mágico que lo envuelve y que hace al visitante empequeñecerse ante las enormes rocas del Parnaso y recorrer con asombro y respeto la Vía Sacra que conduce al Templo. Hoy como ayer, el viajero puede establecer esa comunicación espiritual con el pasado necesaria para comprender a los hombres que en otros tiempos forjaron nuestra cultura. Hoy como ayer sólo hace falta saber escuchar para oír en Delfos la voz de Apolo.

El marco geográfico

Delfos posee una privilegiada situación geográfica que hace del santuario un escenario incomparable para que la naturaleza determine casi por sí sola, un complejo mundo religioso de creencias mágicas, favoreciendo los fenómenos taumatúrgicos y adivinatorios que dieron fama al lugar. Este enclave sagrado se encuentra en las estribaciones del monte Parnaso, arropado por dos enormes rocas, las Fedriades, que le dotan de una singular y agreste belleza. Frente al santuario, el río Pleistos excava un desfiladero bordeado de cipreses y al fondo se



El Auriga. Estatua en bronce consagrada a Apolo por Polyzalos, tirano de Gela, en Sicilia. Data del siglo V a. de C. y representa a un joven noble conduciendo su carro.



Delfos. Templo de Apolo. Restos de las columnas. Los sucesivos saqueos y depredaciones arruinaron el templo en numerosas ocasiones.

destaca una gran mancha verde que corresponde a la llanura de Krissa, recortada por las azules aguas del Golfo de Corinto, poblada de olivos, y con el puerto de Itea, salida natural de Delfos al mar.

Desde lo alto del santuario se contempla la garganta del Pleistos y la Marmaria, de la que hablaremos más tarde, con el templo de Atenea Pronaia. Este paisaje, hoy desolado, donde el viento susurra suavemente entre las ruinas, tuvo en la época clásica, el poder de acoger entre sus desfiladeros y valles uno de los santuarios más importantes del mundo griego, donde comerciantes y aldeanos, políticos y militares atravesaban las gargantas del Parnaso o desembarcaban en Itea para postrarse ante Apolo y ofrecerle sus presentes en busca de un buen augurio que protegiera sus cosechas, guiara sus naves a buen puerto o auspiciara sus ansias de poder y de gloria.

Mitos y leyendas

Delfos ya estaba poblada en la llamada época micénica, hacia el siglo XIV a. de C. A esta época pertenece el más antiguo culto conocido en el enclave. Gea, la diosa de la tierra, ya señoreaba aquellos parajes antes que el olímpico Apolo estableciera en él su santuario. Fue pre-

cisamente Gea la que poseyó allí el primer oráculo. Las excavaciones han puesto de relieve este culto a la Gran Diosa Madre con los restos encontrados en la Marmaria y el templo de Apolo.

El culto primitivo a Gea que tuvo lugar en los primeros tiempos, dio paso al de los dioses celestes que moraban en el monte Olimpo y que hicieron de Delfos un lugar sagrado para todos los griegos. No obstante, Delfos continuó relacionándose con la Madre Tierra merced a una antigua leyenda: Zeus, el padre de los dioses, quiso precisar el lugar exacto del centro de la tierra y a tal fin envió dos águilas desde cada uno de los extremos del mundo. En su vuelo, las aves se encontraron sobre Delfos que, de esta forma, se convirtió en el centro de la tierra. Este acontecimiento estaba conmemorado por una piedra sagrada llamada onfalo u ombligo. Esta piedra cónica se guardaba en el templo de Apolo.

Apolo dios de Delfos

Hijo de Zeus y Leto y hermano de la divina Artemisa, Apolo nace al parecer en la isla de Delfos. Su culto es antiquísimo y su personalidad es, al principio, un poco contradictoria, pues se le reconoce como dios de la Luz y las



Delfos. Templo de Atenea Pronaia. Pequeño templo en forma de tholos circular dedicado a Atenea y que se encontraba antes de llegar al santuario.



Delfos. Templo de Atenea Pronaia. Reconstrucción de tres columnas dóricas. En sus alrededores se encontraban las instalaciones donde se ejercitaban los atletas antes de los juegos.

Artes, protector de la vida, y, sin embargo, en otras tradiciones aparece como señor de la Muerte, y sus venganzas son crueles y sangrientas al enviar la peste sobre los pueblos que no le respetan o al dar muerte a los hijos de Niobe. No obstante, Apolo aparece como dios del Sol, patrono de las Musas, protector de la Música, la Poesía y las Artes, amante del Bien y enemigo de la Iniquidad y la Injusticia. Es con estos atributos como fue más querido y venerado por los griegos.

Apolo, en su viaje a Delfos, se encuentra con que el oráculo de Gea está guardado por la terrible serpiente Pitón. Apolo da muerte al monstruo e instala su propio oráculo en el lugar, convirtiéndose en Apolo Pitio. Pero el don de profecía que ejercitaban los sacerdotes de Apolo en el santuario de Delfos, no proviene del dios, sino de su padre Zeus, ya que el dios eternamente joven y luminoso no es más que el intérprete de las decisiones del rey del Olimpo. Por otra parte, el Destino es el gran árbitro de toda Grecia y nadie puede escapar de él. La gran aportación de Apolo es el don de profecía que en su nombre se practicaba en el oráculo de Delfos.

La Sacerdotisa

La persona encargada de transmitir la voz de Apolo era una sacerdotisa llamada Pitia, Pito-

nisa o Sibila. Fue, en el principio, una muchacha joven pero más tarde, para evitar posibles seducciones de la muchacha, fueron escogidas mujeres mayores de cincuenta años y completamente incultas que vivían en el santuario y llevaban una vida irreprochable.

La consulta al oráculo era precedida de un ceremonioso ritual. Después de purificarse en la fuente Castalia, el peticionario recorría la Vía Sacra pasando ante los Tesoros ofrecidos por diversas ciudades al santuario hasta detenerse ante el altar situado a la entrada del templo del dios. Una vez allí ofrecía en sacrificio un animal, que solía ser una cabra, pero antes de ser inmolada, los sacerdotes la rociaban con agua fría. Si el animal se estremecía, indicaba que el dios estaba presente y accedía a efectuar el oráculo. Una vez realizado el ritual, la Pitia, acompañada por los sacerdotes, penetraba en el templo y descendía a una especie de sala situada bajo la nave del santuario y allí, sentada en el trípode sagrado, escuchaba la petición que se le hacía. Entraba en estado de trance y profería palabras o frases, a veces ininteligibles, que luego eran interpretadas por los sacerdotes como la respuesta del dios a la pregunta efectuada.

«Era una auténtica enajenación provocada por autosugestión, favorecida por la bebida de vino u otros líquidos excitantes, y los cánticos y acciones del ritual, acompañado de nubes de incienso y verificado en lugares oscuros y apropiados que creaban un ambiente favorable a lo sobrenatural» (1). «Los transportes de la Pitia o Pitonisa... eran allí provocados o por masticación de hojas de laurel o por los vapores que surgían de una grieta de la tierra sobre la cual se colocaba el trípode sagrado» (2).

Los oráculos

Como ya hemos dicho, las consultas al oráculo eran muy variadas y los peticionarios pertenecían a todo tipo de clases sociales: comerciantes, mercaderes, políticos, delegados de las ciudades... todos esperaban tener buenas noticias sobre sus barcos, un feliz alumbramiento, las posibilidades de un ejército en la batalla, la fundación de una colonia... La gran afluencia de consultantes hizo que los oráculos se celebrasen una vez al mes y no una vez al año, como en tiempos antiguos. A partir del siglo VI a. de C. el oráculo se convierte en el árbitro de la vida social y política griega.

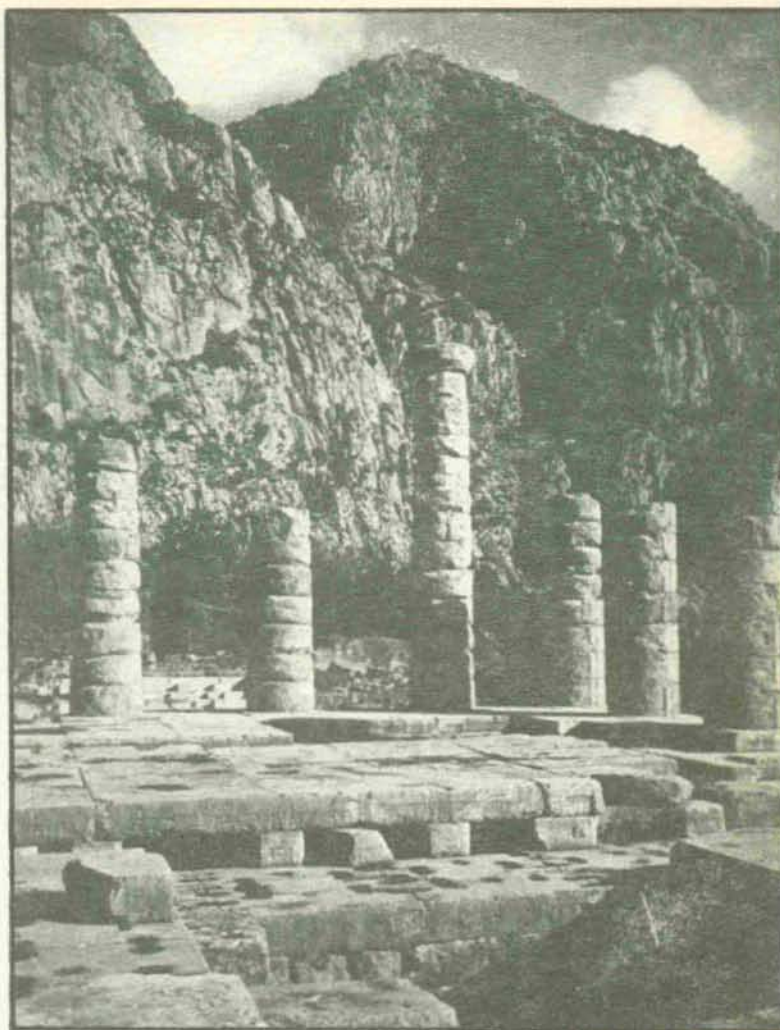
Las ofrendas, los sacrificios, las celebraciones, las acciones de gracias y todo el ritual que acompañaba a las ceremonias, hicieron la próspera fortuna del santuario: «En Delfos, los peregrinos, los consultantes del oráculo, los espectadores de las fiestas, constituyen una clien-

tela numerosa, obligada a gastos mucho mayores que en su residencia habitual, favorable al próspero ejercicio de pequeños oficios, de pequeños comercios» (3), lo que hacía que al amparo del santuario proliferase un pequeño pero saludable comercio consumista.

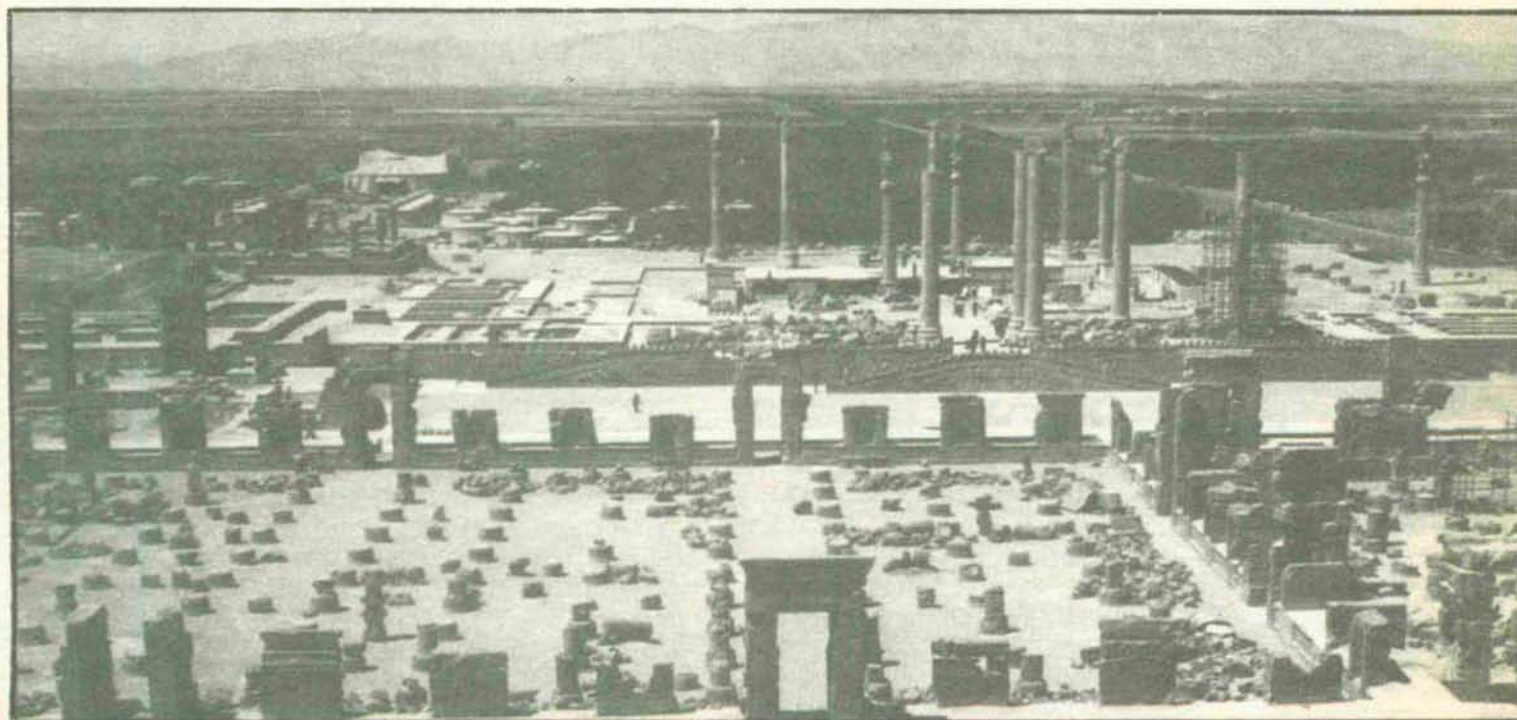
Pero para estar al tanto de los sucesos que ocurrían en el exterior, los sacerdotes debían tener un buen servicio informativo ya que en ocasiones, las preguntas de los consultantes encerraban difíciles problemas de política exterior e interior. Por esta razón, las respuestas y exégesis eran tan ambiguas que debían dejar satisfecho al solicitante tanto si le eran favorables como adversas, dejando siempre en buen lugar el prestigio del oráculo: los sacerdotes «debían disponer de una gran cantidad de informaciones, probablemente suministradas por viajeros, a base de las cuales podían dar consejos acertados, que evitaban innecesarios dispendios y dispersión de las energías» (4).

El acierto en las profecías

Ya hemos dicho que interpretar las extrañas palabras y gemidos de la Pitia no era nada fácil. No obstante, el cliente debía quedar satisfecho. Por eso las respuestas debían tener un doble sentido y no comprometerse. Se cuenta cómo el rey de Lidia, Creso, consultó sobre su lucha contra las tropas de Ciro y el oráculo le respondió que si cruzaba con su ejército el río Halys destruiría un gran imperio. Creso lo cru-



Delfos. Templo de Apolo. Restos de las columnas y el piso del templo. Detrás, las estribaciones del Parnaso con sus grandes rocas, las Fedriadadas. En el interior, la Pitonisa efectuaba el oráculo del dios.



Persépolis. Capital del antiguo imperio persa. En ella se conservan palacios y edificios de Darío, Jerjes y Artajerjes, que combatieron contra los griegos en las llamadas guerras médicas.



Persépolis. Muro de la Apadana. Los sacerdotes de Apolo creyeron estar seguros de la superioridad de los persas frente a los griegos y por ello tomaron partido a favor de los asiáticos durante las guerras médicas.

zó y su derrota fue tal que efectivamente se perdió un gran imperio, el de Creso.

Pero no siempre los sacerdotes de Apolo tuvieron la sagacidad suficiente para ponerse del lado del vencedor. Durante las guerras contra los persas, los sacerdotes tomaron partido por los invasores, lo que ciertamente salvó al santuario del saqueo y la rapiña de los asiáticos: «los sacerdotes délficos estaban firmemente persuadidos del carácter invencible de los persas, a lo que se añadía, además, la consideración subjetiva de que contra la fuerza innumerable del ejército persa de tierra y contra su flota, muy superior a la de los griegos, toda resistencia era inútil» (5).

Se cuenta también que el oráculo predijo la muerte de Heracles en el monte Eta, donde fue quemado en una pira, y que Orestes, atormentado por el asesinato de su madre Clitemnestra, acudió a Delfos, donde el oráculo le aconsejó ir a Taúride para rescatar una imagen de Artemisa. Pero dejando a un lado las viejas leyendas de dioses y héroes, Apolo y su oráculo tuvieron notable intervención en la fundación de nuevas colonias y numerosas ciudades fueron bautizadas con el nombre de Apolonia.

Riesgos y depredaciones

No obstante su carácter inviolable, el santuario de Apolo en Delfos sufrió varios saqueos y depredaciones que arruinaron sus templos y dispersaron sus riquezas: «el estado de conservación, relativamente malo, del santuario de Delfos se explica por el hecho de que ya en la antigüedad, el mismo fue víctima de una serie de saqueos y despojos: en el siglo IV a. C. durante la invasión de los habitantes de la Fócida, éstos se apoderaron de todas las ofrendas de

oro que había en el templo; en el siglo I de nuestra era, el emperador Nerón se llevó de Delfos más de 500 estatuas de bronce» (6).

Si bien los sacerdotes se habían equivocado en sus apreciaciones al conceder su apoyo a los persas durante las guerras médicas, los griegos volvieron su fe nuevamente al santuario al que colmaron de ofrendas y donaciones, aunque ya hemos visto el destino que tuvieron muchas de ellas. Una de las mayores pruebas a que fue sometido el santuario, fue el saqueo llevado a cabo por los focidios.

Delfos fue la cabeza, junto con el santuario de Demeter en Antela, cerca de las Termópilas, de la Liga Anfictionia, que agrupaba a pueblos vecinos de la Gracia central y que tenían intereses comunes. Las ciudades de la Liga enviaban sus delegados a las reuniones que tenían lugar en Delfos o en las Termópilas. Las guerras sagradas hicieron que el santuario perdiera su independencia en varias ocasiones, cayendo en manos de los focidios que lo saquearon: «desde el 356, los focidios en guerra con los locrios eran dueños del santuario de Delfos y saqueando los tesoros de Apolo, sus jefes, Filolao y Onomarco, habían conseguido reunir un colosal ejército de mercenarios» (7). Los invasores habían fundido los tesoros para fabricar moneda y Filipo de Macedonia, llamado por Tesalia, derrotó a Onomarco y le dio muerte, arrojando al mar a 3.000 prisioneros como ladrones del templo de Apolo. «Los focidios fueron excluidos de la comunidad délfica y se les condenó a devolver los tesoros robados a razón de 60 talentos anuales». Filipo se convirtió con su intervención en el presidente de la Liga Anfictionia, importante paso para el sometimiento de toda Grecia al poder de Filipo tras la batalla de Queronea y más tarde al de su hijo Alejandro.

Templos, Tesoros y Juegos

Antes de llegar al santuario de Apolo, se encuentra el templo de Atenea Pronaia, es decir, la que está antes del santuario. Se le ha llamado también Marmaria, porque sus mármoles fueron saqueados y sirvió durante mucho tiempo como cantera. El templo de Atenea, rodeado de altares y tesoros, es un tolos, edificio circular, destruido numerosas veces por la caída de rocas desde las Fedriades.

Cerca del santuario de Apolo se encuentra la fuente Castalia, manantial de agua dedicado a la ninfa Castalia, cuyas aguas eran consideradas sagradas y formaban parte importante en la purificación de los visitantes al comenzar el rito del oráculo.

El santuario de Apolo estaba atravesado por una Vía Sacra que conducía a los visitantes hasta el templo del dios. A sus lados se halla-

ban numerosos Tesoros, edificios construidos por las ciudades para albergar las ofrendas dedicadas al santuario. Estos Tesoros, rodeados de estatuas y altares, eran como preciosas capillitas votivas, destacando por su belleza y el lujo de su decoración los de Atenas, reconstruido actualmente, Siphnos, Siracusa, Tebas y Sicione.

Dejando atrás la roca de la Sibila o Pitia, donde profetizaba la primitiva sacerdotisa, se llega al muro poligonal de la terraza del templo, detrás del pórtico de los atenienses, construido para conmemorar la victoria de Micala sobre los persas, y cuyo ensamblaje de las piedras es de una notable perfección, cubriéndose todo el muro de numerosas inscripciones. Siguiendo la Vía Sacra se llega al altar de Quios y al templo de Apolo. Terremotos, saqueos e incendios han destruido varios templos edificados sobre la misma terraza, pero el más famoso pertenece al siglo IV a. C. reconstruido por los Alcmeónidas, noble familia ateniense, y que constituía un bello edificio dórico y períptero. En sus muros estaban grabadas las grandes máximas de los filósofos más notables: «conócete a ti mismo», «nada en exceso», etc. En la cella ardía el fuego sagrado y se encontraba una estatua en oro de Apolo. Allí se guardaba el omfalo u ombligo del mundo, bajo el cual, se decía, estaba la tumba de Dioniso, dios venerado

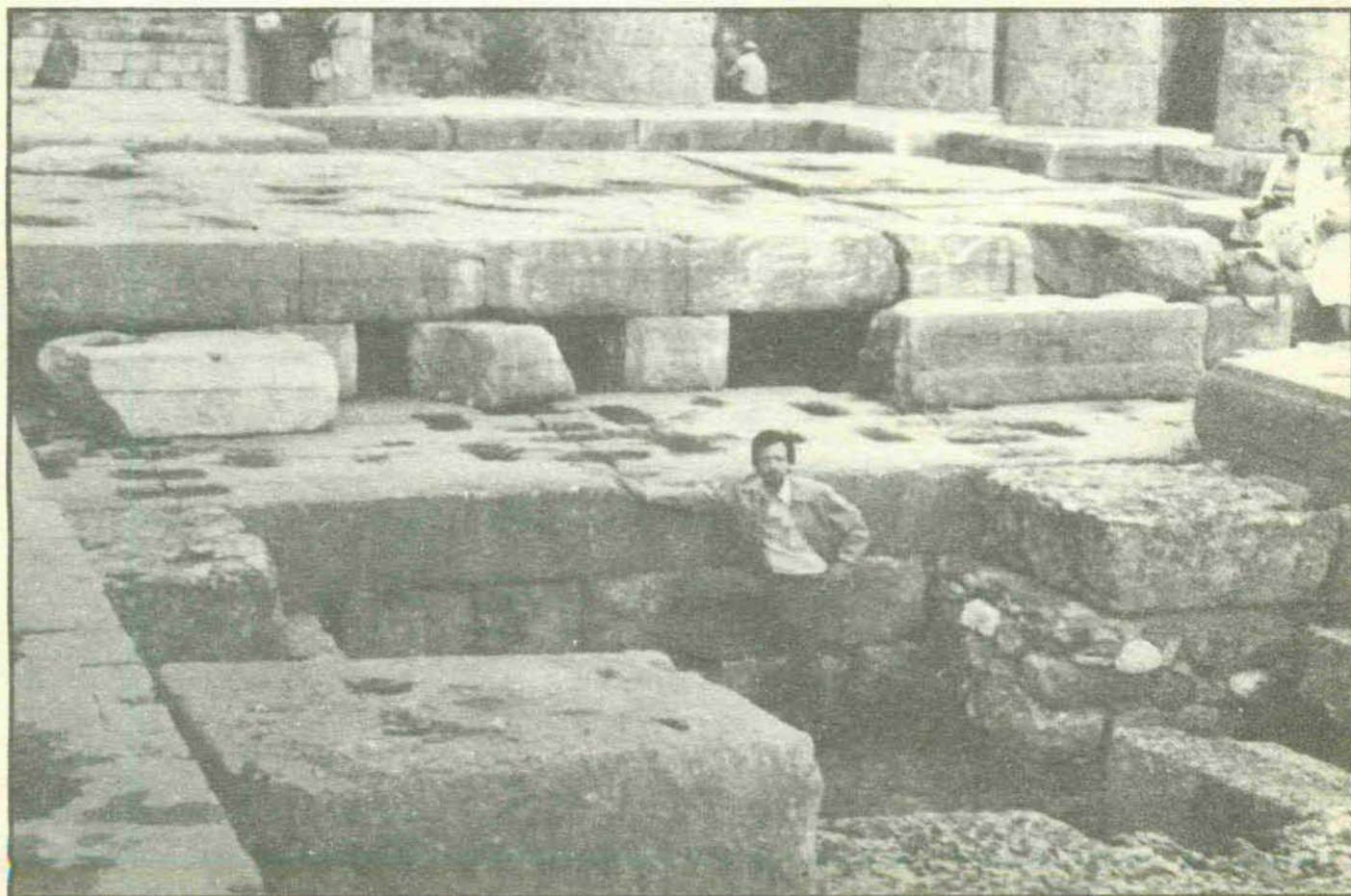
también en Delfos, y bajo el piso se encontraba la gruta donde profetizaba la Pitia.

Cada cuatro años, como en Olimpia, tenían lugar en Delfos los Juegos Píticos en honor de Apolo, vencedor de la serpiente Pitón. Las festividades se componían de juegos atléticos y musicales. Junto al templo de Atenea Pronaia, en la Marmaria, existía un Gimnasio para el entrenamiento de los atletas, y sobre el santuario de Apolo, en la montaña, un estadio para las celebraciones gimnásticas y las carreras. Entre el santuario y el estadio estaba el teatro, construido en el siglo IV a.C. donde tenían lugar los concursos dramáticos y líricos.

«Delfos, en su época más floreciente, se había convertido en un órgano de vida de la nación griega de carácter singularísimo; es decir, que influyó sobre ella y ésta a su vez sobre él en tal forma que apenas si cabe pensar en la una sin el otro» (8). ■ M.A.M.A.

NOTAS

- (1) Carlos Cid, «Historia de las Religiones».
- (2) Otto Seeman, «Mitología Clásica Ilustrada».
- (3) André Aymard y Jeannine Auboyer, «Oriente y Grecia Antigua».
- (4) Emil Neck y Wilhelm Wagner, «Grecia».
- (5) Hermann Bengston, «Griegos y persas».
- (6) V. V. Struve, «Historia de la Antigua Grecia».
- (7) Luis Suárez, «Edad Antigua».
- (8) Burckhardt, «Historia de la Cultura Griega».



El autor del artículo en el templo de apolo, en Delfos.